

## CUATRO SIGLOS DE ROMANCEROS DEL CID, UN ESTADO DE LA CUESTIÓN<sup>1</sup>

*Resumen:* Desde que en 1605, Juan Escobar imprimió su *Historia del valeroso cavallero el Cid Ruy Díez de Bivar*, comenzaron a aparecer numerosos volúmenes que llevaron por título *Romancero del Cid*. Por supuesto, los romances medievales eran tan populares que se habían incluido antes en pliegos sueltos y cancioneros, pero no fue hasta entonces cuando los impresores vieron el potencial de editarlos monográficamente. La época del Romanticismo supuso el punto álgido de esta iniciativa, pues el nacionalismo y su amor por el Medioevo dieron lugar a las ediciones y traducciones más conocidas –Herder, Gibson, Michaelis, Monti–. Sin embargo, ninguna de estas obras –ni las posteriores– recogen las más de doscientas versiones derivadas en la tradición oral moderna. Desde la Fundación Ramón Menéndez Pidal, trabajamos en la edición integral del Romancero del Cid y nuestra propuesta es dar a conocer este patrimonio mientras recorremos la historia de su transmisión a lo largo de más de cinco siglos, realizando el estado de la cuestión más exhaustivo hasta el momento.

*Palabras clave:* Romancero; Rodrigo Díaz de Vivar; El Cid Campeador; estado de la cuestión; historia textual

*Summary:* Many books entitled as *Romancero del Cid* have been printed since the publication of Juan Escobar's *Historia del valeroso cavallero el Cid Ruy Díez de Bivar* in 1605. By all means, Medieval romances were so popular that most of them were included before in *pliegos sueltos* and *cancioneros*, but due to this fact printers and editors were aware of the possibilities that making monographic volumes of these ballads could bring. During the Romanticism this trend reached its height: the most renowned editions and translations of Cid ballads were published –Herder, Gibson, Michaelis, Monti–, thanks in part to the rise of nationalism and its characteristic love for the Middle Ages. However, none of them –neither those who come after– paid any attention to the modern oral tradition by which more than two hundred versions of these ballads have been collected. As in the Fundación Ramón Menéndez Pidal we are preparing an integral edition of the Romancero del Cid, this paper aims to describe in depth this cultural heritage at the same time we walk through the history of its transmission among more than four centuries by making, up to now, the most exhaustive estate of the issue.

*Keywords:* Spanish Traditional Ballads; Rodrigo Díaz de Vivar, The Cid; Status of the Issue; Textual Criticism

---

<sup>1</sup> Este artículo forma parte del proyecto de investigación «Catalogación, Digitalización y Edición del Romancero Tradicional de las Lenguas Hispánicas: Romances épicos e históricos de referente hispánico y francés» (FFI2014-54368-P) del Ministerio de Economía y Competitividad. Asimismo, quiero agradecer las recomendaciones y comentarios del profesor [*Nombre ocultado para asegurar el anonimato de la evaluación*] que han sido de gran ayuda para acercarme a este intrincado panorama.

## 1. INTRODUCCIÓN

Hasta la fecha hay alrededor de una veintena de romanceros dedicados a la figura de Rodrigo Díaz de Vivar. Si además tenemos en cuenta las compilaciones en obras más amplias sobre poesía tradicional, como antologías o cancioneros regionales y, también, las traducciones, el número superaría el medio centenar. A pesar de ser una cifra elevada, no sorprende demasiado. Siendo el Cid el héroe más relevante de la épica española, es lógico pensar que, al menos, es uno de los más populares del romancero. Desde otra perspectiva, es razonable creer que siendo figura clave para entender la identidad hispánica, no solo los estudiosos sino también los curiosos han sentido fuerte interés a lo largo del tiempo por conocer las facetas del héroe y, por tanto, las manifestaciones artísticas que pudieran revelar los sucesos reales o imaginarios que se le atribuyen.

A lo largo de cuatro siglos, muchos y muy diversos han sido los intereses y criterios de quienes han decidido editar esta fascinante parte de la épica europea. Si bien sus esfuerzos por dar a conocer este patrimonio deben ser reconocidos, también se debe prestar atención a los problemas que ha arrastrado la proliferación de tantos y tan diferentes romanceros cidianos. Me refiero principalmente a dos. El primero es la dificultad de delimitar el número y la naturaleza de los romances que conforman el corpus general sobre Rodrigo Díaz de Vivar, pues cada edición no deja de ser una selección de textos que responde a ciertos intereses. El segundo es la confusión respecto a la historia de la transmisión de este corpus, pues en esta maraña de compilaciones es difícil ver con qué criterios, influencias y modelos se han acercado los diferentes editores a la problemática de publicar un patrimonio tan abrupto como imponente.

Con estos problemas en mente y teniendo en cuenta los pocos intentos precisos de arrojar algo de luz sobre este asunto, como el artículo de Jesús Antonio Cid publicado en 2007 en el volumen *El Cid: Poesía y teatro*—centrado especialmente en la transmisión de estos romances en el Siglo de Oro—, me planteo dos objetivos que están estrechamente ligados. Como primero objetivo, me propongo describir con exhaustividad el basto corpus de romances sobre Rodrigo Díaz de Vivar, señalando el número y las características de todo tipo de composiciones que lo conforman, ya sean romances viejos, juglarescos, cultos o con pervivencia en la tradición oral moderna. Al mismo tiempo, como segundo objetivo me propongo recorrer la larga tradición editorial que, durante cuatro siglos, ha compilado partes de este corpus, señalando sus metodologías y modelos para concluir analizando las labores que aun hoy están pendientes.

## 2. LOS COMPILADORES E IMPRESORES DEL SIGLO DE ORO

En el año 1605, el impresor Antonio Álvarez decidió sacar a la luz en Lisboa una obra titulada *Historia del muy noble y valeroso caballero el Cid Ruy Díez de Bivar en romances en lenguaje antiguo*, compuesta por Juan de Escobar.<sup>2</sup> Era la primera vez que salía a imprenta de forma unitaria y monográfica la mayor colección de romances conocida hasta el momento sobre la vida y los hechos del gran héroe castellano. En total, agrupaba noventa y siete romances, muchos de ellos procedentes, en última instancia, de la tradición oral que descendía de los cantos de los juglares medievales y, también, otros muchos de origen culto o erudito. El éxito editorial de esta obra a lo largo del Siglo de Oro fue brutal. Rodríguez-Moñino (121-187) describe veintiséis posibles<sup>3</sup> ediciones en esta época en las principales ciudades de la Península Ibérica –Lisboa, Córdoba, Alcalá, Zaragoza, Segovia, Madrid, Valencia, Sevilla, Cádiz, Burgos y Valladolid– y registra diez más hasta el primer tercio del siglo XIX (Rodríguez-Moñino 188-206)–. El éxito es evidente si comparamos esta cifra con las casi cincuenta ediciones que tuvo el *Libro Áureo de Marco Aurelio* de Fray Antonio de Guevara, una obra publicada por primera vez en 1528 y situada en el *top 5* de los *best seller* auriseculares según Keith Whinnom (193). Y su éxito pervive en cierta medida hasta nuestros días, pues al hablar del *Romancero del Cid* entre los estudiosos de la Edad Media y la temprana modernidad, casi de forma instantánea se asocia este título con el nombre de Juan de Escobar.

Lo cierto es que este hombre no fue el primero que tuvo la idea de agrupar los romances del Cid. Más de medio siglo antes, entre 1547 y 1549, Martín Nucio había publicado en su primera edición de Amberes del *Cancionero de Romances* doce de las baladas tradicionales más populares sobre Rodrigo Díaz de Vivar y el Cerco de Zamora. Concretamente, estas fueron: «Afuera, afuera Rodrigo», «Cada día que amanece», «Cavalga Diego Laínez», «De concierto están los condes», «Después que Vellido Dolfos», «Doliente estava, doliente», «En Santa Gadea de Burgos», «Helo, helo por do viene», «Morir vos queredes padre», «Por aquel postigo viejo», «Rey don Sancho, rey don Sancho» y «Tres cortes armara el rey». Como, según sus palabras, quiso "que

---

<sup>2</sup> Sobre los problemas de identificación de la edición príncipes, que no son pocos, puede consultarse el ejemplar estudio introductorio que hace Arthur Lee-Francis Askins a la edición de Rodríguez-Moñino (Escobar 9-24).

<sup>3</sup> Utilizo el término *posibles* porque tres de las ediciones de esta obra no reflejan la fecha de impresión, aunque intuyo que pertenecen al último tercio del siglo XVII. Concretamente, son la de Burgos impresa por la Imprenta de la Santa Iglesia, la de Madrid impresa por Francisco Sanz y la de Valladolid impresa por Alfonso del Riego.

tuviessen alguna orden", los aglutinó junto a "los que cuentan historias castellanas", intentando seguir cierta estructura narrativa, aunque con deslices porque, como afirma, "no se pudo hazer tanto a punto (por ser la primera vez) que [...] no quedasse alguna mezcla de unos con otros" –sigo la edición facsímil de Menéndez Pidal (Martín Nucio 2)–. Mayor coherencia quiso dar a este corpus el mismo impresor en la reedición del *Cancionero de romances* de 1550, donde no solo cambia el orden de algunas baladas sino que también añade cuatro nuevas –«Apretada está Valencia», «Arias Gonçalo responde», «Día era de los reyes» y «Ya cavalga Diego Ordóñez»– y, curiosamente, elimina la versión de «Cada día que amanece», reuniendo un total de quince romances cidianos.

En el mismo año, Esteban de Nájera imprimió en Zaragoza la *Primera parte de la Silva de varios romances*, donde se incluían en la sección de "historias españolas" las mismas doce baladas cidianas del *Cancionero de romances* sin año. Sin embargo, meses más tarde, sacó a la luz la *Segunda parte de la Silva de varios romances*, añadiendo seis composiciones muy novedosas y de carácter más bien juglaresco: «Entre dos reyes cristianos», «Junto al muro de Zamora», «Por el val de las estacas», «Rey don Sancho, rey don Sancho / cuando en Casatilla reinó», «Rey don Sancho, rey don Sancho / ya que te apuntan las barbas» y «Riberas de Duero arriba». Más novedad aun supuso la publicación de los *Romances nuevamente sacados de historias antiguas de la crónica de España* de Lorenzo de Sepúlveda, que fue impreso en Amberes por Juan Steelsio en 1551. Fue una novedad en sentido literal, pues no incluyó ninguno de los romances cidianos de los cancioneros anteriores, sino que incorporó cuarenta y dos composiciones eruditas, a pesar de que el epígrafe –por primera vez específico– anuncia "SIGVENSE XXXV / Romances del Cid" –sigo la edición de Rodríguez-Moñino (Sepúlveda 1967, 192)–, procedentes, la mayoría, de pliegos sueltos y manuscritos. Años más tarde, en 1573, Juan de Timoneda imprimió en Valencia su *Rosa Española*, donde se incluyeron, además de doce romances ya publicados en los anteriores cancioneros, estas seis nuevas baladas tradicionales: «A concilio dentro en Roma», «En Burgos está el buen rey», «En las almenas de Toro», «Esse buen Diego Laínez», «Tristes van los zamoranos» y «Ya se sale Diego Ordóñez»; todos ellos, un total de dieciocho, fueron estructurados bajo los epígrafes de "Los Romances del Rey / don Sancho" (Timoneda 22) y "Los Romances del Cid / Ruy Díaz, por otro nombre / llamado Don Rodrigo / de Bivar" (Timoneda 18). Lucas Rodríguez, por el contrario, siguió la línea inaugurada por Sepúlveda con su *Romancero Historiado*, que fue impreso en Alcalá por Querino Gerardo en 1582. Diecisiete de sus

dieciocho romances cidianos son eruditos, y todos salvo uno no habían sido impresos en los cancioneros. Todos ellos tratan de los sucesos del Cerco de Zamora y se agrupan bajo el epígrafe "Historia zamorana, desde que Vellido Dolfos mató por traición al rey don Sancho, hasta que Arias Gonçalo llorava la muerte de sus hijos. Van glossados los romances con gracioso estilo por el author" –sigo la edición de Rodríguez-Moñino (Rodríguez 28)–. Seis años después, en 1588, Hugo de Mena imprimió en Granada la *Segunda parte de la Silva de varios romances* de Juan de Mendaño donde se incluían once romances cidianos, todos ellos publicados ya antes en los cancioneros. Finalmente, el ciclo de precursores se cierra con el *Romancero General* de 1600, impreso en Madrid por Luis Sánchez, donde se contienen cuarenta y cuatro composiciones eruditas sobre el Cid, todas ellas novedosas pues no aparecían en los cancioneros que hemos estudiado.

Teniendo en cuenta este panorama, podemos observar que más que una feliz ocurrencia de este o aquel impresión, agrupar los romances cidianos era una necesidad. Recapitulemos la situación. Por un lado, los antiguos romances que derivaban de los cantares de gesta de los juglares medievales se seguían cantando entre las gentes de aquella época, pues los hechos del Cid, a pesar de los cuatrocientos años que los distanciaban, impresionaban por igual o más, hasta el punto de caracterizar al héroe de una forma más precisa aunque más irreal.<sup>4</sup> Por otro lado, la imagen del Cid no quedó subordinada únicamente al romancero tradicional, sino que, debido a su popularidad, fueron muchos los poetas cultos o eruditos que se atrevieron a narrar sus hazañas con mayor o menor acierto. Así que el corpus, cada vez más grande y cada vez más disperso entre las palabras cantadas y escritas del Siglo de Oro, adquirió un carácter flexible, maleable y difícil de abarcar. Tenemos aquí la paradoja y, de hecho, el juego semántico entre el término *corpus* y su análogo *cuerpo* sirve perfectamente para ilustrarla. Cada uno de los romances que configura el corpus es como una parte o un órgano más o menos importante del cuerpo, así que no se puede entender cada romance sin tomar en cuenta el conjunto, pues, a pesar de que alguno pueda funcionar de forma autónoma, la imagen y la actitud del héroe, así como las decisiones que toma ante los hechos se explican a raíz de la evolución general del personaje. A pesar de ello, conocer la totalidad del corpus es y, sobre todo, era una labor extremadamente difícil. Por este motivo, me inclino a pensar que las iniciativas de agrupar los romances no fueron otra cosa que intentos de dar

---

<sup>4</sup> Más detalles sobre este proceso en Asensio Jiménez.

consistencia al corpus, fijarlo, volverlo canónico e inamovible mediante la máquina de solidificación más potente: la imprenta.

A pesar de todos estos precursores, lo cierto es que Juan de Escobar se lleva el mérito de ser el gran compilador y fijador del corpus de romances cidianos, pues en el momento en que triunfaban editorialmente los cancioneros que aglutinaban romances de temas muy dispares, él apostó por el éxito de un conjunto definido y unitario.<sup>5</sup> Apostó sobre seguro porque el Cid ya era una figura clave del imaginario histórico y con el tiempo ha llegado a convertirse en una pieza determinante de la identidad hispánica. Sin embargo, si bien veía el valor del conjunto, no debía de estar tan seguro del valor de cada parte individual o, siendo más precisos, del valor de sus unidades mínimas de expresión, concretamente, la estructura y el estilo. Ya lo han señalado muchos estudiosos, entre ellos Arthur Lee-Francis Askins –en la edición de Rodríguez-Moñino de Escobar (25)–, Juan de Escobar "no se limita a presentar copias tal cual de textos ya impresos, sino que muestra en varios momentos la intervención artística, creadora y reformadora del compilador mismo." La selección de los romances, los esfuerzos por conseguir una estructura lineal y los matices en cuestiones como la sonoridad o el orden de los sintagmas convirtieron un corpus colectivo y disperso en una unidad atada por los criterios de un verdadero y libre editor.<sup>6</sup> Escobar fue, en definitiva, compilador y fijador, entendiendo estos conceptos con connotaciones más libres, más abiertas –y más medievales<sup>7</sup>– que las actuales; pero, por supuesto, marcó el camino para los numerosos compiladores y fijadores que, quizá o no con distintas metodologías, han venido después de él.

Como epílogo a esta sección, merece nombrar el intento de dar mayor unidad al corpus de romances cidianos de Francisco Metge. Su *Tesoro escondido de todos los más famosos romances así antiguos como modernos del Cid*, impreso por Sebastián de Cormellas en Barcelona en 1626, agrupa cuarenta composiciones. Aunque parece que toma los textos directamente del *Romancero General* de 1600, reordenándolos, no es

---

<sup>5</sup> Sobre el fenómeno editorial y el romancero resulta muy ilustrativo el artículo de Alejandro Higashi.

<sup>6</sup> Concretamente, en palabras de Jesús Antonio Cid (53-54), "la labor editorial de Escobar implicaba un criterio de selección para que el libro pudiera leerse seguido como verdadera 'historia' y como narración que avanza sin retrocesos. No siempre le fue posible conseguirlo, pero a ese ideal ajustó su selección y para ello renunció a incluir muchos de los romances que conocía (...); en otras ocasiones divide los romances que le servían de fuente; traslada pasajes de unos a otros; suprime versos; crea transiciones de su propia invención, y hace variada gama de retoques. Claro es que además de la sujeción a una secuencia narrativa, Escobar se guió para la selección y manipulación de su corpus por criterios de orden estético e ideológico."

<sup>7</sup> Para más información sobre el concepto de compilación medieval, que llegó hasta el Siglo de Oro, puede consultarse Díaz y Díaz.

extraño pensar que conocía la selección de Juan de Escobar y que se vio influido por ella. Dieciocho romances coinciden en una y otra obra pero hay una clara diferencia entre ambas: a Francisco Metge solo le interesan las composiciones nuevas o eruditas, lo cual es un intento de huir de la amalgama de estilos nuevos, cultos, tradicionales y viejos que, a pesar de los esfuerzos estéticos, confluían en la obra de Escobar.<sup>8</sup> En este sentido, Metge fue el primero en seguir, con más o menos disimulo o con más o menos impronta personal, las huellas de Escobar al mismo tiempo que cierra la presencia del Cid en los cancioneros más importantes del Siglo de Oro.

### 3. LAS EDICIONES MODERNAS Y CONTEMPORÁNEAS: SIGLOS XIX - XXI

Las reediciones de la obra de Juan de Escobar llegan, como ya he señalado anteriormente, hasta el primer tercio del siglo XIX.<sup>9</sup> Este hecho implica dos aspectos a tener en cuenta. El primero es que la *Historia del muy noble y valeroso caballero el Cid Ruy Díez de Bivar* fue el canon de referencia a lo largo de más de doscientos años en los que no hubo competidores relevantes. El segundo aspecto es que dejó de reeditarse justo en el momento en que empezaron a proliferar numerosas y muy diversas ediciones y traducciones del corpus de romances cidianos hechas por estudiosos de diferentes partes de Europa. La larga y consolidada autoridad de Escobar comenzó a perder importancia cuando las mareas del positivismo, del nacionalismo y de otras corrientes críticas de la primera erudición científica se interesaron por el mismo tema, como vamos a ver en las siguientes páginas.

A pesar de la distancia temporal, uno de los primeros en distanciarse del canon impuesto por Juan de Escobar, fue Adalbert Keller. En el año 1840, publicó su *Romancero del Cid* en Stuttgart mediante la imprenta de Liesching y compañía. En él se

---

<sup>8</sup> De nuevo resultan muy oportunas las palabras de Jesús Antonio Cid (54): "Es difícil creer que Metge desconociera la obra de su predecesor y en su elección de recurrir solo a los romances cidianos del *Romancero General*, que publica en su integridad reordenando la secuencia temporal, hemos de ver un rechazo a la heterogeneidad de estilos que coexistían en la *Historia... en romances* de Escobar, pese a su notable labor de actualización y retoque. La mezcla de romances cronísticos, nuevos y viejos, aun contando con la identidad métrica del octosílabo y la asonancia monorríma (transgredidas, por otra parte, con harta frecuencia en el romancero nuevo, merced a estribillos, pasajes estróficos, etc.), suponía concepciones poéticas del todo dispares, que Metge percibió igual que cualquier lector de nuestros días. No responde, pues, a la verdad el reclamo de que Metge recurriera a 'todos los más famosos romances', y mucho menos la declaración de que su colección incluía textos 'así antiguos como modernos'. La realidad es que todos son 'modernos' y, más exactamente, de entre cerca de 1592 y 1600 y tomados de una fuente única."

<sup>9</sup> Concretamente son dos: la primera de ellas fue editada por Viente González del Reguero en 1818 y la segunda por Juan de Müller en 1828, esta última con más éxito, pues tuvo una reedición al año siguiente.

incluyeron ciento cincuenta y cuatro romances cidianos, lo cual constituyó un considerable aumento frente a su predecesor del Siglo de Oro. Aunque no hay divisiones por ciclos temáticos, fueron ordenados con bastante minuciosidad siguiendo un criterio más o menos lineal y narrativo. Este hecho, junto a la ausencia de cualquier tipo de prólogo, notas explicativas y detalles sobre las fuentes primarias, sugieren que esta edición estaba destinada principalmente a la venta comercial con afanes divulgativos y lúdicos.

Poco tiempo tardó en surgir la competencia, ya que cuatro años más tarde, en 1844, apareció *El Cid. Romances históricos* de Georg Bernhard Depping, publicado en Palma por la imprenta de Pedro J. Gelabert. Noventa y siete romances se incorporaron en este librito de reducidas dimensiones ideal para el tamaño de bolsillo, incluyendo como colofón un romance casi contemporáneo, titulado «Madrid, castillo famoso» y atribuido a Nicolás Fernández de Moratín. En el prólogo queda patente su objetivo comercial, pues afirma contener "una rica y económica colección" de los romances "procurando en un todo el mayor esmero y cuidado en los tipos, papel, tinta y demás que contribuya a su realce" para que así "las personas estudiosas con solo una décima parte del precio fijado a la que se ha anunciado últimamente, podrán proporcionarse con facilidad una obrita interesante." (Depping 6) Por esta razón, salvo diecisiete notas explicativas adjuntadas al final del volumen, Depping quiso presentar el texto totalmente despejado para una lectura más ágil.

Fue el ilustre erudito Agustín Durán quien asentó las bases para acercarse al corpus cidiano con una mayor perspectiva crítica. En el tomo primero de su monumental *Romancero General o Colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII*, publicado en la *Biblioteca de Autores Españoles* por primera vez en 1849 en Madrid en la imprenta de M. Rivadeneyra, se agrupaba, junto a otros pocos romances históricos de la época, un total de ciento ochenta y ocho composiciones sobre Rodrigo Díaz de Vivar, la mayor suma conocida hasta el momento. Tan abrupto número fue ordenado de forma igualmente rigurosa como original en seis secciones correspondientes a los reinados en los tiempos del Cid: "Época de Fernando I, el Magno, rey de León y de Castilla, con la primera parte de los romances del Cid Campeador, Rodrigo Díaz de Vivar" –sigo la reedición de 1859 (Durán 477)–, "Época de don Sancho II de Castilla, llamado El valiente - Segunda parte de los romances del Cid, con el episodio de los del Cerco y Reto de Zamora" (Durán 498), "Episodio del Cerco y Reto de Zamora desde la muerte de don

Sancho hasta la coronación de don Alonso el VI" (Durán 508), "Época de Alfonso VI, con la tercera parte de los romances del Cid Campeador, hasta su muerte y otros posteriores a ella, que se tienen relación con su memoria" (Durán 521), "Continúan los hechos de Alfonso VI y los sucesos acaecidos en su época" (Durán 573) y "Época de doña Urraca hija de Alfonso VI" (Durán 579). El rigor se extiende al ámbito filológico, pues Durán señala, por primera vez, cada una de las fuentes de los textos. Asimismo, titula cada composición recurriendo a antiguas rúbricas cuando es posible y anota pasajes curiosos, todo ello precedido de una completa introducción general que fue uno de los más profundos estudios sobre el romancero en el momento.

Mientras que Keller, Depping y Durán optaron por un criterio acumulativo, aglutinando composiciones de distinta naturaleza, los editores Fernando José Wolf y Conrado Hofmann apostaron por la inigualable calidad de los romances viejos y juglarescos frente a los de origen erudito. Con mayor expresividad poética formula esta idea el prólogo a su *Primavera y Flor de Romances o Colección de los más viejos y más populares romances castellanos*, publicada en Berlín por A. Asher y Compañía en 1856: "hemos escogido este título (...) queriendo presentar en nuestra colección a los aficionados un ramillete de flores, recogido no entre las más lozanas del jardín de la poesía artística, sino entre las más genuinas y sencillas de los prados y montes de la popular, nacidas espontáneamente y crecidas sin cultura y arte, sí, pero hijas de la fuerza creadora del sol de verano."<sup>10</sup> (Wolf y Hofmann IV-V) En total, este primer tomo contiene en la sección de "Romances relativos a la historia y tradiciones de España", bajo el epígrafe "Romances del Cid", treinta y seis versiones de los temas romancísticos tradicionales sobre el héroe castellano de la Edad Media y el Siglo de Oro. Su rigor filológico es, de nuevo, admirable: a la manera de Durán, señalan las fuentes primarias, detallan variantes de otros testimonios, titulan cada romance utilizando antiguas rúbricas, incorporan algunas notas explicativas y presentan todo ello con una introducción general muy completa.

Sin embargo, la apuesta de Wolf y Hofmann no fue doblada por los siguientes editores, sino que éstos siguieron la estela de abarcar cuantas más composiciones de

---

<sup>10</sup> Es más, incluso en la dedicatoria se hace patente esta idea: "A los señores Don Jacobo Grimm, el primero que ha sabido escoger y apreciar los romances verdaderamente viejos y populares de los españoles y Don Manuel Geibel, quien con el acierto de un gran poeta ha logrado reproducir a más y mejor entre nosotros todos los primores de aquellos romances; dedican esta colección, en prueba de su aprecio y reconocimiento, los editores." (Wolf y Hofmann I)

cualquier ídole. Así lo hizo, por ejemplo, Carlos de Ochoa en 1870, pues su *Romancero del Cid o Colección de romances castellanos que tratan de la vida y hazañas de Rodrigo Díaz de Vivar El Cid Campeador*, publicado por la Librería Europea Draumard-Baudry en París, contenía ciento treinta romances, estructurados en torno a las partes principales de Durán, de quien parece tomarlos directamente y sin aviso. Así lo hizo, también, Carolina Michaelis en 1871 pero de forma mucho más exhaustiva. Su *Romancero del Cid. Nueva edición añadida y reformada sobre las antiguas*, publicada en Leipzig por F. A. Borchaus, se convirtió en la recopilación de referencia, pues englobó un total de doscientos cinco romances con gran criterio filológico. En su prólogo afirma que "contiene todos los romances hasta el día conocidos y relativos al *más famoso Castellano*"<sup>11</sup> y, con toda la razón, siguiendo los preceptos de sus predecesores Durán, Wolf y Hofman –a quienes reconoce su labor–, reafirma "que los textos son auténticos y tomados de fuentes legítimas" y "que además del texto copiado del documento más antiguo (...) trae las variantes notables que se encuentran en las ediciones y reimpressiones posteriores" –las tres citas son de Michaelis (v)–. A la manera de Durán y Ochoa, estructura el corpus en torno cuatro partes relativas a los reinados de Fernando I el Magno, Sancho II el Valiente, el Cerco de Zamora y el reinado de Alfonso VI el Bravo. Muchas de las posteriores ediciones de estudiosos muy distintos en diferentes años tomaron como punto de partida esta compilación, como iremos viendo a en los párrafos siguientes.

No obstante, uno de los que se alejaron del modelo de Carolina Michaelis fue Cesáreo Fernández Duro. Este erudito –además de capitán de navío de la Armada Española– quiso hacer una compilación más selecta, más específica y más divulgativa sobre los sucesos del Cerco de Zamora. Su *Romancero de Zamora*, que fue publicado en 1880 en Madrid por la empresa tipográfica de G. Estrada, contiene ochenta y tres romances sobre este acontecimiento histórico y legendario. No todos ellos son propiamente del Cid, pues el héroe desarrolló un papel secundario pero importante en este hecho, aunque sí aparece en la mayoría. Y en este punto, quizá, radica la principal diferencia con sus predecesores, en especial con Wolf y Hofmann –a quienes admira y sigue en cierta medida–, pues no contento con el corpus zamorano ya recopilado, exploró bibliotecas, manuscritos e impresos para reunir el mayor número de romances sobre el tema, según nos afirma en su prólogo (Fernández Duro 8-9).

---

<sup>11</sup> Cursiva en el original.

Manuel Mila i Fontanals fue uno de los que tomó a Michaelis como punto de partida, aunque valoró también los criterios de Durán, Wolf y Hofmann, entre otros, para poder establecer los suyos propios. Estructurados en cinco partes similares a las de sus precursores, ciento tres romances se incluyen en su *Romancero selecto del Cid*, publicado en 1881 en Barcelona por Daniel Cortezo y Compañía. Ya el mismo término *selecto* en el título de esta obra sugiere sus propósitos más divulgativos que filológicos. Y así lo deja patente en el prólogo: "Hemos procurado en especial dar al lector una narración seguida, evitando (...) la repetición de un mismo hecho. Entre dos romances de igual asunto, no siempre hemos preferido el más antiguo, como hubiéramos hecho en una colección de índole científica, sino el más satisfactorio en su género." (Mila i Fontanals IX) Adornan esta obra cuidadas rúbricas, ilustraciones de Werner, Foix, Gómez Soler y Xumetra y grabados de Kaeseberg y Gómez Polo, haciendo de ella una de las ediciones más bellas hasta el momento. Aunque hagamos un salto temporal, merece la pena nombrar en este párrafo otra de las ediciones que incluye preciosas ilustraciones, pues en gran medida toma como modelo la de Mila i Fontanals, si bien conoce y estudia los principales romanceros cidianos y sus traducciones en su prólogo. Se trata del *Romancero del Cid Ruy Díaz* que editó Luis C. Viada y Lluç en la Editorial Ibérica de Barcelona en 1915. Cinco grabados modernistas de Antonio Saló abren cada una de las partes en que se estructuran los ciento cuarenta y ocho romances contenidos y otras tantas, también, aderezan el interior o la portada.

Una verdadera novedad respecto al panorama editorial del corpus supusieron los tres primeros tomos de la célebre *Antología de poetas líricos castellanos* de Marcelino Menéndez Pelayo dedicados al romancero –de un total de cinco tomos sobre este género, los números del VIII al XII–. El ilustre santanderino reprodujo en estos tomos, publicados en Madrid por la Librería de Hernando y Compañía en 1899 y 1900, la *Primavera y Flor de romances* de Wolf y Hofmann. No obstante, decidió añadir sobre el corpus original varias versiones o temas romancísticos procedentes de manuscritos, pliegos sueltos o conservados en obras de teatro auriseculares, alcanzando una cifra de alrededor de medio centenar de textos. Sin embargo, Menéndez Pelayo entendió la necesidad de no solo reflejar los romances viejos sino también los conservados por la tradición oral de su época. Así, incorporó, en un intento pionero, al menos tres versiones de romances procedentes de la tradición oral: «El Cid y el conde Lozano», «Jimena pide justicia» y

«El rey moro que reta a Valencia», la primera de Andalucía y las dos siguientes de Portugal, concretamente de Algarve y Madeira.

El resto de romanceros publicados en la primera mitad del siglo XX siguen de una forma u otra los cánones de Durán, Wolf y Hofmann y, especialmente, Michaelis. La editorial Lambda de Buenos Aires publicó en 1929, por primera vez en latinoamérica, un *Romancero del Cid* con una selección de treinta romances –la mayoría viejos y juglarescos– destinada a estudiantes, como la misma colección de la Biblioteca de Humanidades de la que forma parte. Siguiendo un criterio similar, Rafael Ferreres publicó en 1941 treinta y nueve composiciones en su *Romancero del Cid: Romances viejos* en la imprenta valenciana de Jesús Bernés, basándose en la *Primavera y Flor de Romances* y, también, en la *Flor nueva de romances viejos* de Menéndez Pidal, que se había publicado en 1938 en Barcelona por Espasa-Calpe y compilaba treinta y una composiciones. De estas mismas fuentes, principalmente, toma sus cuarenta y dos romances la edición de Juan Ruiz de Galarreta de 1944 del *Poema de Mio Cid y Romancero del Cid*, publicada en La Plata por la Editorial Calomino. También, debemos tener en cuenta la edición de Federico Sainz de Robles, titulada nuevamente como *Romancero del Cid* y publicada por Aguilar en Madrid en 1944, que contiene ciento cincuenta y dos romances. Sin embargo, no es hasta 1954 cuando se publica la recopilación más completa de romances tradicionales y eruditos, de la mano de Luis de Guarnier. Su *Romancero del Cid precedido del Cantar de Rodrigo*, publicado por Miñón S. A. en Valladolid, reproduce doscientas veintiseis composiciones, teniendo en cuenta, incluso, textos de románticos del XIX y contemporáneos franceses para que su "recopilación de romances sobre el Cid sea la más copiosa de cuantas hasta hoy se han publicado en parte alguna." (Guarnier XLVI)

Respecto las últimas décadas este siglo y lo que llevamos del XXI, el panorama no ha cambiado demasiado. Parece que todas las grandes colecciones de textos literarios españoles de reconocidas editoriales más o menos divulgativas se han interesado por incluir los romances del Cid en su catálogo. Así lo hizo, por ejemplo, Taurus en 1966 con la edición de Felipe C. R. Maldonado del *Romancero del Cid* en la colección "Ser y tiempo. Temas de España", donde se incorporaron ciento veintiún romances. Con el mismo título, en 1970, el editor madrileño J. Pérez del Hoyo, incluyó ciento nueve composiciones dentro de la colección "100 Clásicos Universales". También, Emiliano Escolar publicó en su propia editorial en 1975 una selección de noventa y un romances dentro de *El Romancero del Cid y El Romancero de Bernardo del Carpio*. En la misma

línea se sitúa el reciente *Romancero del Cid* publicado por Cátedra en 2007. Prácticamente, hay muy pocas novedades verdaderas. Una de ellas es el disco de *Romances del Cid* de Joaquín Díaz, publicado por Pneuma y Karonte en 1999, donde el cantautor da voz a quince de las más famosas composiciones. Otra es la edición para bibliófilos del *Romancero del Cid: una selección de romances sobre la vida del Cid Campeador* de la editorial Summa en 2010, que incluye una antología de nueve textos hecha por Alberto Montaner Frutos, acompañada por preciosos aguafuertes de Carmen García Suárez. Sin embargo, la mayor novedad filológica y el mayor logro, a mi juicio, es la edición y el estudio de Paola Laskaris de *El Romancero del Cerco de Zamora en la tradición impresa y manuscrita (Siglos XV-XVII)*. Este volumen, publicado como anejo de la revista *Analecta Malacitana* en 2005, se centra en exclusiva en el ciclo zamorano de romances pero lo hace con una perspectiva realmente crítica que le ocupa alrededor de quinientas páginas. La editora transcribe más de cien textos tanto de romances como glosas, coteja las variantes de gran cantidad de testimonios, recoge las rúbricas, anota términos imprecisos y realiza un breve comentario de historia textual y de peculiaridades narrativas de la mayoría de ellos. Es, desde luego, un gran esfuerzo filológico pero es el esfuerzo que merece, a mi modo de ver, un corpus literario tan importante para la cultura europea; y merece, también, ser tenido en cuenta como modelo por las ediciones que vengan en el futuro.

#### 4. TRADUCCIONES Y TRADUCTORES

Volvemos al primer periodo que acabamos de estudiar, donde confluían los cimientos de la filología moderna junto al espíritu del Romanticismo, tan apasionado de la Edad Media como de cualquier tiempo remoto y legendario. Fue entonces cuando proliferaron las traducciones de los romances del Cid a las principales lenguas europeas. Por una parte, esta proliferación se debe al creciente interés romántico por la poesía popular. Por otra, como bien puede interpretarse al consultar la detallada revisión que Galván y Banús hacen sobre la recepción del *Poema del Mio Cid* en la Europa de esta época, tanto los romances como el *Poema* u otras manifestaciones literarias sobre el héroe de Vivar estaban en cierta medida entrelazadas, pues a menudo aparecen traducidos y editados de forma conjunta, ya que el interés de los románticos y los eruditos decimonónicos por la figura del Cid les llevó a tratar toda manifestación artística como las piezas de un corpus mayor que pudiera servir para mostrar una identidad del héroe más compleja, así como un gran número de

hazañas. No obstante, a lo largo de los siguientes párrafos, acotaré más que los investigadores anteriores, pues nombraré, no de forma exhaustiva, sino con intención de trazar un panorama representativo, las principales traducciones para comprobar el éxito de las baladas cidianas en Europa.

El país que más admiración desarrolló hacia el romancero fue Alemania. Menéndez Pidal (1968, 251-255) resume muy bien el interés que este género popular despertó en intelectuales de la talla de Grimm, Schlegel, Goethe o Hegel, quienes realizaron traducciones, compilaciones, reediciones o estudios sobre cancioneros y baladas hispánicas. Como no podría ser de otra forma, sintieron fascinación por los hechos reflejados en ellas sobre el mayor héroe hispánico. El filósofo Johann Gottfried Herder tradujo un total de setenta romances que fueron publicados en 1820 en Stuttgart y Lubingen bajo el nombre *Der Cid. Nash Spanischen Romanzen* por la imprenta Gotta'schen Buchhandlung. Fue un puro impulso romántico lo que le animó a esta empresa, pues en palabras de Menéndez Pidal (1968, 252), "Herder, en su optimista anhelo de una humanidad superior, veía en el Cid del romancero concretarse la personificación del más alto heroísmo." A partir de aquí se sucedieron varias iniciativas similares. Friederich Diez tradujo una pequeña selección de veinte romances en *Altspanische Romanzen besonders vom Cid und Kaiser Karls Paladinen*, obra publicada en 1821 en Berlín por Georg Reimer. En 1842 se publicó en Stuggart y Zübingen por Cottaa'scher Verlag *Das Liederbuch vom Cid: Nach Der Bis Jetzt Vollständigsten, Keller'schen Ausgabe Verdeutsch*, de Johann Gottlob Regis, donde se contenía la traducción de ciento cincuenta y cuatro romances. En 1858 se publicó la obra de Friedrich Martin Duttonhofer titulada *Der Cid. Ein Romanzenkranz in der Form der Urschrift Übertragen*, impresa en Berlín por Verlag von A. Hofmann, donde se tradujeron ciento doce romances. Un número menor, un total de setenta, pero en su versión española junto a sus traducciones al francés y alemán se incluyeron en *Herders Cid Die Franzoesische Und Die Spanische Quelle*, obra de Anton Salomon Voegelin publicada en Heilbronn por Verlag von Henninger en 1879. Un año más tarde, la imprenta de Bibliographisches Instituts de Leipzig publicó *Die Romanzen vom Cid* de Karl Eitner, donde se agrupaban ciento quince romances traducidos.

La primera traducción de un corpus unitario de romances sobre el héroe de Vivar llegó a las islas británicas de la mano del poeta Robert Southdey, amigo de sus contemporáneos Wordsworth y Coleridge. En el tempranísimo año de 1808, los

impresores londinenses de Paternoster Row, Longman, Hurst, Rees y Orme, sacaron a luz la obra *Chronicle of the Cid*. A pesar de su engañoso título, lo cierto es que no es una pura traducción de la *Chronica del famoso cavallero Cid Ruy Diez Campeador*, impresa en Burgos en 1592 –aunque con primera edición de 1552–, sino que traduce prosificando partes del *Poema de Mio Cid* y de los romances viejos para añadir más información a pasajes poco descritos u omitidos de la trama. Una verdadera traducción del corpus de romances fue hecha años más tarde por John Gibson Lockhart. Su obra *Ancient Spanish Ballads Historical and Romantic*, publicada en 1823 por W. Blackwood en Edimburgo, incluyó ocho de los romances viejos y cultos más conocidos. Más romances, aunque no del todo completos, fueron incluidos en *The Cid: A Short Chronicle Founded on the Early Poetry of Spain*. Esta obra de George T. Denis, publicada en Londres por Charles Knight & Company en 1845, combinó la remodelación moderna de varias crónicas cidianas medievales y el *Poema de Mio Cid* con el protagonismo de más de una veintena de romances traducidos y reproducidos en el cuerpo de texto. Sin embargo, la compilación inglesa más destacada y más exhaustiva del corpus romancístico de Rodrigo Díaz de Vivar fue hecha por el ensayista James Young Gibson. Realmente, fue un proyecto que le llevó gran parte de su vida, de hecho *The Cid Ballads and Other Poems and Translations from Spanish and German*, publicada en 1887 por Kegan Paul, Trench & Company en Londres es una obra póstuma. Margaret D. Gibson, su viuda, que se encargó de editarla, afirma en el prólogo que estos romances "were his recreation and solace during several years of loneliness and indifferent health, and he never seemed weary of revising and improving them." (Gibson VII) No exagera: se nota el cuidado del traductor sobre los ochenta y tres romances seleccionados, en su mayoría, de los romanceros de Sepúlveda y Escobar; algunos, me atrevo a afirmar, suenan mucho mejor en inglés que en el estilo erudito del original castellano.

Finalmente, aunque con menor éxito, los romanceros sobre el Cid llegaron a otras tantas lenguas. Italia cuenta con la traducción de Pietro Monti. Su *Romancero del Cid o Storia Dei Fatti del Celebre Cid Castigliano*, publicada en Milán por la Società De' Classici Italiani en 1838, cuenta con ciento dos romances traducidos. En Francia se publicó *Le Romancero du Cid* de Antony Rénal en 1842. Esta obra, impresa en París por la librería Baudry, contiene ciento ocho romances en su versión prosaica francesa y la original española, acompañadas, además por hermosas litografías a modo de rúbricas. También, en 1866, se publicaron ciento cinco romances traducidos en prosa en el segundo

tomo de *La légende du Cid comprenant Le Pöeme du Cid les chroniques et les romances*, una obra de Emmanuel de Saint-Albin, publicada en París por los editores Lacroix y Verboeckhoven. Incluso fueron traducidos al checo por Jar Vrchlického. Noventa y un romances se contienen en esta lengua en las páginas de *Cid v Zrcadle Spanelskych Romanci*, publicada en Praga por Bursík y Kohout en 1901. Fue todo un éxito editorial, en resumen, el que obtuvieron los romances del Cid, pues la fama del valeroso caballero castellano no solo ha trascendido siempre las fronteras territoriales sino también las lingüísticas.

## 5. LA CAJA DE PANDORA DE LA TRADICIÓN ORAL MODERNA

Paralelamente a esta larga y densa trayectoria editorial, el romancero del Cid siguió expandiéndose a través de lo que ha sido el método de difusión más propio de su naturaleza: la oralidad. Desde luego, cuando a principios del siglo XX, Ramón Menéndez Pidal incitó a sus colaboradores a que recorrieran España, el Mediterráneo y América en busca de los romances que aun sobrevivían en la tradición oral, no lo hizo con el objetivo de perseguir el corpus cidiano en exclusiva, sino con el deseo de preservar el mayor número de reliquias de baladas hispánicas posibles. Sin embargo, cuando estos pioneros –entre los que podemos destacar a José Benoliel, Manuel Manrique de Lara, Américo Castro o Tomás Navarro Tomás–, y más tarde los discípulos del Seminario Menéndez Pidal –que luego se convertiría en la Fundación Ramón Menéndez Pidal–, se encontraban un romance sobre Rodrigo Díaz de Vivar, lo celebraban con la alegría que merece y lo enviaban con rapidez al Archivo del Romancero de don Ramón y doña María Goyri. No todos los días se podía encontrar una joya que remontaba su vida a la poesía de los juglares medievales, pues los restos épicos e históricos en la tradición moderna son más bien escasos.

De los treinta y un romances tradicionales de este corpus, solo doce han dejado huella en la tradición oral moderna. De ellos conservamos un de doscientas sesenta versiones orales. No es, desde luego, un corpus poderosamente amplio como pueden ser las más de quinientas versiones de «La muerte del príncipe don Juan» o las más de seiscientas de «Gerineldo, el paje y la infanta». Es bien sabido que los temas novelescos, amorosos y de adulterios tienen más éxito entre los informantes que las historias épicas, tan llenas de personajes secundarios, batallas y minitramas largas y enredadas de venganzas, iras y traiciones que, en definitiva, provocan mayor confusión en la

memorización. Sin embargo, la cifra es muy significativa y, sin duda, ilustra la asimilación y expansión del corpus a través de muy distintas geografías y diversas lenguas a lo largo de los tiempos, pues hallamos versiones de Europa, África y América, cantadas o recitadas en español, portugués, catalán, gallego y judeoespañol.

Como suele suceder en toda asimilación popular de una figura mítica o legendaria, los romances más exitosos en la tradición oral son los que nos muestran a un Cid joven, soberbio e insolente, que poco o nada tiene que ver con la difundida imagen del héroe virtuoso del *Poema*.<sup>12</sup> El romance de «Rodrigo vengarse a su padre», que cuenta cómo Diego Laínez encarga al pequeño Cid vengarse del conde Lozano, solo tiene existencia oral pero, eso sí, bastante abundante y diversa, ya que tiene un total de dieciocho versiones: ocho son portuguesas, dos asturianas, cuatro catalanas, dos andaluzas y dos canarias. El romance que continúa este suceso, «Jimena pide justicia», donde la hija del conde recién asesinado pide casarse con el Cid como reparación del daño, tiene un total de veinticuatro versiones: veintidós de ellas son sefardíes, una andaluza y otra, más bien contaminación, portuguesa. Diecinueve versiones, de las cuales dieciocho son sefardíes y una andaluza, tiene el romance del primer y bravo «Destierro del Cid».

Uno de los romances iniciales sobre el cerco de Zamora, ciclo donde el Cid, aun joven, participa de forma secundaria, el llamado «Quejas de doña Urraca», en el que la protagonista muestra su preocupación ante la política de herencias del rey Fernando, tiene catorce versiones portuguesas, siete de Zamora y una andaluza, es decir, un total de veintidós. Más versiones, un total de cincuenta, tiene el romance de «Doña Urraca libera su hermano de prisión», de las cuales cuarenta y nueve son sefardíes y una catalana. Veintiséis versiones tiene el viejo romance de «Las almenas de Toro»: veintitrés sefardíes y tres portuguesas. Solo una versión portuguesa tiene el romance de «Afuera, Afuera, Rodrigo» mientras que «Riberas de Duero arriba» tiene dos versiones riojanas aprendidas de impresos aunque muy tradicionalizadas. Asimismo, el romance del «Entierro de Fernandarias» tiene ocho versiones sefardíes.

Respecto a los romances del destierro y la madurez del Cid, el llamado «El Cid pide parias al moro» tiene dos excelentes versiones en la tradición canaria, tres contaminaciones en la tradición gallega y una versión leonesa aprendida de un libro, es decir, un total de seis. Este último caso se repite en «El Cid vuelve a Cardena», pues sus

---

<sup>12</sup> Para este fenómeno, remito de nuevo a Asensio Jiménez.

cinco versiones -una sefardí, una asturiana y tres americanas- provienen de impresos modernos. Sin embargo, en este mismo grupo temático encontramos el romance que más éxito ha tenido en la tradición oral de todo el corpus cidiano. «El rey moro que reta a Valencia» tiene un total de setenta y nueve versiones. De ellas, veintisiete son sefardíes, trece portuguesas, treinta y una del noroeste español, cinco catalanas y tres andaluzas.

En total, podemos observar que de las doscientas sesenta versiones orales de temas cidianos, ciento cuarenta y ocho son sefardíes, cincuenta y nueve españolas, cuarenta portuguesas, diez catalanas y tres gallegas. A pesar de la supremacía en número del grupo sefardí, lo cierto es que el corpus cidiano tiene presencia en todas las tradiciones de las lenguas hispánicas en que se ha transmitido el romancero. Por ello, muchas de estas versiones han aparecido en romanceros regionales y antologías, como –por señalar a unos pocos–, Braga (1867 y 1869), Larrea Palacín, Armistead y Silverman (1977, 1981 y 1986), Ferré, Trapero o Fraile Gil. Sin embargo, nunca se han incluido en un romancero dedicado a la figura de Rodrigo Díaz de Vivar y otras tantas versiones permanecen, de momento, inéditas en el Archivo del Romancero de la Fundación Ramón Menéndez Pidal.

## 6. LA LABOR PENDIENTE

A la vista de todo lo expuesto anteriormente, podemos concluir que, si bien el Cid ha despertado tanto interés a lo largo de los siglos como para que las obras donde se reflejan sus hazañas hayan sido reeditadas y traducidas en innumerables ocasiones, la mayoría de ellas siguen una premisa básica: aglutinar cuantos más romances posibles, ya sean viejos, cultos o eruditos. Este patrón se ha repetido desde la canónica obra de Juan de Escobar hasta las ediciones más recientes, aunque hay excepciones como la línea que inauguraron Wolf y Hofmann al apostar únicamente por la calidad de los romances viejos. No obstante, lo cierto es que muy pocos han prestado atención al espléndido patrimonio que la tradición oral ha conservado hasta nuestros días. Podemos decir que todas estas ediciones son intentos más o menos exitosos o más o menos logrados de difundir gran parte del patrimonio literario sobre Rodrigo Díaz de Vivar pero ante todo son iniciativas incompletas.

Cuando don Ramón Menéndez Pidal comenzó a preparar la monumental colección del *Romancero Tradicional de las Lenguas Hispánicas*, que lleva ya editados catorce volúmenes, consideraba como uno de los números fundamentales la edición

integral de los romances del Cid, donde se incluirían todos los testimonios antiguos, sus derivados en la tradición oral moderna y también todas las composiciones cultas de los siglos XIX y XX sobre la misma materia. Por diversos motivos, tanto el ilustre hispanista como su discípulo José Caso González, quien estuvo encargado de este proyecto durante varios años, no pudieron llevarlo a cabo. Sin embargo, ahora, gracias a el apoyo de instituciones como el Ministerio de Economía y Competitividad de España o la Obra Social La Caixa, desde la Fundación Ramón Menéndez Pidal hemos vuelto a retomar esta línea de trabajo con la ambición de que pueda cerrarse pronto y de forma exitosa.

Nuestra propuesta es realizar la edición más exhaustiva del corpus de romances del Cid, incluyendo todos los testimonios, sean de la naturaleza que sea, que se atesoran en el Archivo del Romancero de la Fundación Ramón Menéndez Pidal y en otras bibliotecas e instituciones. Se trata de una edición crítica, planteada en dos volúmenes. El primero recogerá los romances tradicionales de las mocedades del héroe, del Cerco de Zamora, del destierro y de la madurez del Cid y todos sus derivados en la tradición oral moderna. El segundo, finalmente, incorporará todos los romances nuevos, eruditos y cultos desde el Siglo de Oro hasta la actualidad, además de un anexo de estudios sobre los romances más representativos. Todos los textos irán acompañados de aparatos críticos que recojan las variantes de los diferentes testimonios o las diversas recitaciones de los informantes, además de observaciones sobre términos difíciles o pasajes de verdadero interés, tal y como exige una edición crítica rigurosa.

Esperamos que a finales del año 2017 los volúmenes del Romancero del Cid más completo hasta la fecha puedan ser publicados y así saldar esta deuda pendiente con el patrimonio cultural de España y Europa.

## OBRAS CITADAS

Armistead, Samuel G. y Joseph H. Silverman. *Romances Judeo-Españoles de Tánger: recogidos por Zarita Nahón*. Madrid: Cátedra-Seminario Menéndez Pidal, 1977.

Armistead, Samuel G. y Joseph H. Silverman. *Judeo-Spanish Ballads from New York. Collected by Maír José Bernardete*. Berkeley/Los Angeles/Londres: University of California Press, 1981.

Armistead, Samuel G. y Joseph H. Silverman. *Folk Literature of the Sephardic Jews II: Judeo-Spanish Ballads from Oral Tradition I: Epic Ballads*. Con transcripción musical y estudios de Israel J. Katz. Berkeley/Los Angeles/Londres: University of California Press, 1986.

Asensio Jiménez, Nicolás. "Ficción en el Romancero del Cid". *Literatura y Ficción: Estorias, aventuras y poesía en la Edad Media*. Ed. Marta Haro Cortés. Vol. 2. Valencia: Universitat de València, 2015. 619-625.

Braga, Theóphilo. *Romanceiro Geral*. Coimbra: Imprensa da Universidade, 1867.

Braga, Theóphilo. *Cantos populares do Archipelago Açoriano*. Oporto: Livraria Nacional, 1869.

Cid, Jesús Antonio. "El Cid de los Romances". *El Cid: poesía y teatro*. Dir. José María Díez Borque, Ed. Mar Zubieta. Madrid: Compañía Nacional de Teatro Clásico, 2007.

Denis, George T. *The Cid: A Short Chronicle Founded on the Early Poetry of Spain*. Londres: Charles Knight & Company, 1845.

Depping, Georg Bernhard. *El Cid. Romances históricos*. Palma: Imprenta de Pedro J. Gelabert, 1844.

Díaz, Joaquín. *Romances del Cid*. [Grabación sonora]. Madrid: Pneuma/Karonte, 1999.

Díaz y Díaz, Manuel Cecilio. "Tres compiladores latinos en el ambiente de Sancho IV". *La literatura en la época de Sancho IV: Actas del Congreso Internacional "La literatura en la época de Sancho IV", Alcalá de Henares, 21-24 de febrero de 1994*. Eds. José Manuel Lucía Megías y Carlos Alvar Ezquerro. Madrid: Universidad de Alcalá, 1996. 35-52.

Diez, Friederich. *Altspanische Romanzen besonders vom Cid und Kaiser Karls Paladinen*. Berlín: Georg Reimer, 1821.

Durán, Agustín. *Romancero General o Colección de romances castellanos anteriores al siglo XVIII*. Vol. 1. Madrid: Imprenta de M. Rivadeneyra, 1859.

Duttenhofer, Friedrich Martin. *Der Cid. Ein Romanzenkranz in der Form der Urschrift Übertragen*. Berlín: Verlag von A. Hofmann, 1858.

Eitner, Karl. *Die Romanzen vom Cid*. Leipzig: Bibliographisches Institut, 1879.

*El Romancero del Cid y El Romancero de Bernardo del Carpio*. Madrid: Emiliano Escolar, 1975.

Escobar, Juan de. *Historia y romancero del Cid: Lisboa, 1605*. Ed. Antonio Rodríguez-Moñino. Introducción de Arthur Lee-Francis Askins. Madrid: Castalia, 1973.

Fernández Duro, Cesáreo. *Romancero de Zamora, precedido de un estudio del cerco que puso a la ciudad don Sancho el Fuerte*. Madrid: G. Estrada, 1880.

Ferré, Pere. *Romances tradicionais*. Lisboa: Câmara Municipal do Funchal, 1982.

Ferreres, Rafael. *Romancero del Cid: Romances viejos*. Valencia: Jesús Bernés, 1941.

Fraile Gil, José Manuel. *Romancero Panhispánico. Antología Sonora*. [5 CD]. Salamanca: Centro de Cultura Tradicional/Diputación de Salamanca/Junta de Castilla y León, 1992.

Galván, Luis y Enrique Banús. *El Poema del Cid en Europa: La primera mitad del siglo XIX*. Londres: Department of Hispanic Studies, Queen Mary, University of London, 2004.

Gibson, James Young. *The Cid Ballads and Other Poems and Translations from Spanish and German*. Ed. Margaret D. Gibson. Con una noticia biográfica de Agnes Smith. Vol. 1. Londres: Kegan Paul, Trench & Company, 1887.

González del Reguero, Vicente, ed. *Romancero e historia del mui valeroso caballero el Cid Rui Diaz de Vibar, en lenguaje antiguo, recopilado por Juan de Escobar, nueva edicion, reformada sobre las antiguas, añadida e ilustrada con varias notas y composiciones del mismo tiempo y asunto para su mas fácil inteligencia, y adornada con un epítome de la historia verdadera del Cid*. Madrid: Imprenta de Cano, 1818.

Guarner, Luis de. *Romancero del Cid precedido del Cantar de Rodrigo*. Valladolid: Miñón S. A., 1954.

Herder, Johann Gottfried. *Der Cid. Nash Spanischen Romanzen*. Stuttgart/Lubingen: Gotta'schen Buchhandlung, 1820.

- Higashi, Alejandro. "El género editorial y el Romancero". *Lemir* 17 (2013): 37-64.
- Keller, Adalbert. *Romancero del Cid*. Stuttgart: A. Liesching y Comp., 1840.
- Larrea Palacín, Arcadio de. *Romances de Tetuán*. Vol. 1. Madrid: CSIC, 1952.
- Lockhart, John Gibson. *Ancient Spanish Ballads Historical and Romantic*. Edimburgo: W. Blackwood, 1823.
- Maldonado, Felipe C. R., ed. *Romancero del Cid*. Madrid: Taurus, 1966.
- Mendaño, Juan de. *Segunda parte de la Silva de varios romances*. Granada: Hugo de Mena, 1588.
- Menéndez Pelayo, Marcelino, ed. *Antología de poetas líricos castellanos (Tomo XVIII). Romances viejos castellanos (Primavera y Flor de Romances) publicada con una introducción y notas por D. Fernando José Wolf y D. Conrado Hofmann*. Edición corregida y adicionada. Vol. 1. Madrid: Librería de Hernando y Compañía, 1899.
- Menéndez Pelayo, Marcelino, ed. *Antología de poetas líricos castellanos (Tomo IX). Romances viejos castellanos (Primavera y Flor de Romances) publicada con una introducción y notas por D. Fernando José Wolf y D. Conrado Hofmann*. Edición corregida y adicionada. Vol. 2. Madrid: Librería de Hernando y Compañía, 1899.
- Menéndez Pelayo, Marcelino, ed. *Antología de poetas líricos castellanos (Tomo X). Romances populares recogidos de la tradición oral*. Vol. 3. Madrid: Librería de Hernando y Compañía, 1900.
- Menéndez Pidal, Ramón. *Flor nueva de romances viejos*. Barcelona: Espasa-Calpe, 1938.
- Menéndez Pidal, Ramón. *Romancero Hispánico (Hispano-portugués, americano y sefardí). Teoría e historia*. Vol. 2. Madrid: Espasa-Calpe, 1968.
- Metge, Francisco. *Tesoro escondido de todos los más famosos romances así antiguos como modernos del Cid*. Barcelona: Sebastián de Cormellas, 1626.
- Michaelis, Carolina. *Romancero del Cid. Nueva edición añadida y reformada sobre las antiguas*. Leipzig: F. A. Brockhaus, 1871.
- Milá y Fontanals, Manuel, ed. *Romancero selecto del Cid*. Ilustraciones de Werner, Foix, Gómez Soler y Xumetra y grabados de Kaeseberg y Gómez Polo. Barcelona: Daniel Cortezo y Compañía, 1881.

Monti, Pietro. *Romancero del Cid o Storia Dei Fatti del Celebre Cid Castigliano*. Milán: Società De' Clssici Italiani, 1838.

Müller, Juan de, ed. *Romancero e historia del muy valeroso caballero el Cid Ruy Diaz de Vibar en language antiguo, recopilado por Juan de Escobar, edicion completa, añadida y adornada con una version castellana de la historia de la vida del Cid por el famoso historiador aleman*. Frankfurt: Imprenta de Broenner, 1828.

Nájera, Esteban de. *Primera parte de la Silva de varios romances*. Zaragoza: Esteban de Nájera, 1550.

Nájera, Esteban de. *Segunda parte de la Silva de varios romances*. Zaragoza: Esteban de Nájera, 1550.

Nucio, Martín. *Cancionero de romances impreso en Amberes sin año*. Ed. Menéndez Pidal. Madrid: Consejo Superior de Investigaciones Científicas, 1945.

Ochoa, Carlos de. *Romancero del Cid o Colección de romances castellanos que tratan de la vida y hazañas de Rodrigo Díaz de Vivar el Cid Campeador*. París: Libería Europea Dramard-Baudry, 1870.

Regis, Johann Gottlob. *Das Liederbuch vom Cid: Nach Der Bis Jetzt Vollständigsten, Keller'schen Ausgabe Verdeutscht*. Stuggart/Zübingen: Cotta'scher Verlag, 1842.

Rénal, Anthony. *Romancero du Cid*. París: Baudry, 1842.

Rodríguez, Lucas. *Romancero Historiado (Alcalá, 1582)*. Ed. Antonio Rodríguez-Moñino. Madrid: Castalia, 1967.

Rodríguez-Moñino, Antonio. *Manual bibliográfico de cancioneros y romanceros impresos durante el siglo XVII*. Coord. Arthur Lee-Francis Askins. Vol. 1. Madrid: Castalia, 1977.

*Romancero del Cid*. Buenos Aires: Editorial Lambda, 1929.

*Romancero del Cid*. Madrid: J. Pérez del Hoyo, 1970.

*Romancero del Cid*. Madrid: Cátedra, 2007.

*Romancero del Cid: una selección de romances sobre la vida del Cid Campeador*. Selección de Alberto Montaner Frutos y aguafuertes de Carmen García Suárez. Madrid: Summa, 2010.

*Romancero General en que se contienen todos los Romances que andan impressos en las nueue partes de Romanceros. Aora nuevamente impresso, añadido y emendado.* 2 vols. Madrid: Luis Sánchez a costa de Miguel Martínez, 1600.

Ruiz de Galarreta, Juan. *Poema de Mio Cid y Romancero del Cid*. La Plata: Editorial Calomino, 1944.

Saint-Albin, Emmanuel. *La légende du Cid comprenant Le Pöeme du Cid les chroniques et les romances*. Prólogo de M. Alex de Saint-Albin. Vol. 2. París: Lacroix/Verboeckhoven, 1866.

Sepúlveda, Lorenzo de. *Romances nuevamente sacados de historias antiguas de la crónica de España*. Amberes: Juan Steelsio, 1551.

Sepúlveda, Lorenzo de. *Cancionero de Romances (Sevilla, 1584)*. Ed. Antonio Rodríguez-Moñino. Madrid: Castalia, 1967.

Southey, Robert. *Chronicle of the Cid*. Londres: Longman, Hurst, Rees & Orme, 1808.

Timoneda, Juan de. *Rosa Española*. Valencia: Juan de Timoneda, 1573.

Trapero, Maximiano. *Romancero de Gran Canaria*. Vol. 2. Las Palmas: Excmo. Cabildo Insular de Gran Canaria, 1990.

Viada y Lluch, Luis C. ed. *Romancero del Cid Ruy Díaz*. Ornato y dirección artística de Antonio Saló. Barcelona: Editorial Ibérica, 1915.

Voegelin, Anton Salomon. *Herders Cid Die Franzoesische Und Die Spanische Quelle*. Heilbronn: Verlag von Henninger, 1879.

Vrchlického, Jar. *Cid v Zrcadle Spanelskych Romanci*. Praga: Bursík/Kohout, 1901.

Whinnom, Keith. "The problem of the 'best seller' in Spanish Golden-Age literature". *Bulletin of Hispanic Studies* 57.3 (1980): 189-198.

Wolf, Fernando José y Conrado Hofmann. *Primavera y Flor de Romances o Colección de los más viejos y más populares romances castellanos*. Vol. 1. Berlín: A. Asher y Comp., 1856.